

92 - Rp.  
EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

**EL  
OCCIDENTE  
FRENTE A  
R U S I A**

*DISCURSO DEL EX.<sup>mo</sup> SR. PRESIDENTE DEL  
CONSEJO, A LOS REPRESENTANTES DE LAS  
FUERZAS ARMADAS, AGRADECIENDO LAS  
FELICITACIONES QUE LE PRESENTARON  
CON MOTIVO DEL 20.<sup>o</sup> ANNIVERSARIO DE SU  
SUBIDA AL PODER. PRONUNCIADO EN LA  
PRESIDENCIA DEL CONSEJO, EL 28 DE  
ABRIL DE 1948*

EDICIONES S. N. I. • LISBOA 1948

820

-Rp



EL OCCIDENTE  
FRENTE A  
R U S I A

92Rp

RECEIVED  
LIBRARY  
U. S. A.



EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

---

# EL OCCIDENTE FRENTE A RUSIA

*DISCURSO DEL EX.<sup>mo</sup> SR. PRESIDENTE DEL  
CONSEJO, A LOS REPRESENTANTES DE LAS  
FUERZAS ARMADAS, AGRADECIENDO LAS  
FELICITACIONES QUE LE PRESENTARON  
CON MOTIVO DEL 20.<sup>o</sup> ANNIVERSARIO DE SU  
SUBIDA AL PODER. PRONUNCIADO EN LA  
PRESIDENCIA DEL CONSEJO, EL 28 DE  
ABRIL, DE 1948*

EDICIONES

**S N I**

LISBOA



---

mil novecientos cuarenta y ocho

INCORPORAÇÃO

331

5121  
820



Rua do Solitre, 151-155  
Telef. 53173  
L I S B O A

SEÑORES GENERALES DEL EJÉRCITO Y LA ARMADA:

SEÑORES OFICIALES:

Agradezco con profundo reconocimiento vuestra tan sincera y espontanea manifestación y las palabras de cariño que me han sido dirigidas. Por más afectuosas y esencialmente personales que tenga que considerar vuestras felicitaciones, no puedo separarlas enteramente de los veinte años seguidos que llevo ininterrumpidamente en mi cargo público, y que ayer se cumplieron. Se debe esta larga y, a mi parecer, exagerada permanencia, a tres hechos: en primer lugar a la confianza del Jefe del Estado, a quien todos nos enorgullecemos de considerar el legítimo representante y dirigente supremo de un pensamiento de renovación nacional; hoy mismo tuvo la suprema gentileza de decirme contásemos con que él estaría aquí, en espíritu, junto a sus camaradas; después a la amabilidad de los Jefes del Gobierno que me precedieron en los primeros años y que debo recordar aquí con una palabra de afectuosa memoria; y por fin a la dedicación y competencia de mis colaboradores, al claro favor de la nación, al apoyo de sus fuerzas más representativas y, entre todas — ¿por qué no abrir cla-

ramente esta excepción? — a vuestra simpatía y cariño. Es mi deber agradecer a todos efusivamente en este momento y formular los más expresivos y sinceros votos por la prosperidad de las fuerzas armadas portuguesas.

A estos votos me reduciría si, al formularlos, no me asaltase la duda de no ser completamente sincero. Al menos, traduciré más fielmente la complejidad de mis sentimientos si añado que también hago votos para que las fuerzas armadas estén en todo momento dispuestas, y cada vez más firmes, al servicio de la nación, del orden y de nuestra civilización cristiana. Pero esto me obliga a añadir algunas consideraciones que, por nada aportar de nuevo al debate trabado en el mundo, serán muy breves.



Acabada la guerra, una grande y poderosa nación continuó aumentando y consolidando su fuerza y afirmó con su presencia o con la amenaza de esta fuerza, un pensamiento que podía hasta cierto punto ser considerado de prevención y refuerzo de su seguridad, pero que, más allá de él, sólo puede concebirse como tendencia imperialista y de clara hegemonía. Me refiero a Rusia. Aunque la provocación a Finlandia y la declaración de guerra a Bulgaria, entre otros actos, hubiesen demostrado, al márgem de la agresión alemana, el propósito

de ir resolviendo ciertos problemas a través del estado de guerra y en un ambiente de victoria, por más injusta o artificiosa que fuese, las otras potencias aliadas se sorprendieron con el desarrollo de los acontecimientos. Las últimas parece ser que descansaron con la victoria, como si victoria significara paz. La primera continuó desenvolviendo su fuerza y utilizando sus posiciones, como si la guerra aún tuviese que continuar.

De este desequilibrio material y de esta disparidad de conceptos, nace la gran preocupación en que hoy vive Occidente. El caso no tiene otra explicación que la siguiente: las potencias occidentales consideraron alcanzado su fin de guerra con el aplastamiento de Alemania. Rusia no, puesto que, además de reforzar su defensa y de aumentar su poderío, alimenta, en la hipótesis de su posible realización, el sueño de la revolución mundial, de la que es el máximo exponente y más sólido apoyo. Tal es la situación.

Las actitudes que de un modo general el mundo, pero muy especialmente Occidente, pueden preverse en un futuro próximo en relación a Rusia, son: la guerra; el aislamiento; la colaboración pacífica en la sociedad internacional. Las enumeré por el orden decreciente de su importancia, para concluir en la única deseable.

No puede ofrecer dudas a nadie que la colaboración rusa en el plano mundial, sería grandemente ventajosa. Sea cual fuere la divergencia de principios fundamentales que de ella nos separen y el juicio que hagamos de

sus estilos políticos, Rusia posee inmensas riquezas naturales, el valor del trabajo de sus numerosos habitantes, su técnica, su ciencia y su arte. El mundo sólo podría ganar con la colaboración que pudiese dar a la solución de problemas generales: con una condición evidente: que Moscú dejase de representar el papel de enemigo de todo orden constituido y de fomentador de revoluciones.

El aislamiento privaría al mundo de las ventajas que la colaboración rusa podría darle sin libertarlo completamente de los males de su invisible presencia. Sucede que Rusia es, por la extensión y continuidad territorial, por el peso de su masa demográfica, por la variedad de sus riquezas, por la pequeña densidad y modesto nivel de vida de su población, tal vez el único país que puede cerrarse sobre sí mismo y prescindir casi completamente de intercambio con otras naciones. Esta orientación, no obstante se puedan añadir ejemplos con otros aspectos de la historia rusa, no creo que pueda ser preferida por los actuales dirigentes de su política. La gran y, ay, insoluble dificultad, estaría en conciliar un aislamiento que fuese instrumento de defensa e impermeabilidad a las ideas e instituciones de Occidente con una acción de presencia internacional suficientemente resaltada, para defender intereses o alcanzar el objetivo de libre acceso a los grandes mares que Rusia pretende hace siglos. En todo caso parece difícil que esa política de aislamiento, al ser adoptada como disyuntiva forzosa, no se extienda

también, aunque con ciertas atenuaciones, a los países que se adhirieron a su sistema.

Evidentemente la peor hipótesis sería la guerra. La facilidad con que la vemos presentarse y la creación de un estado emocional que, conduciendo a ella puede quitar de manos de los responsables la dirección de los acontecimientos, a mí, personalmente, me deja aterrado. Los conflictos entre pequeñas naciones vecinas son hoy como vulgares incidentes callejeros en los barrios bajos. Una conflagración de las grandes potencias incluidas en el caso de que tratamos, es el mundo en guerra (no sabemos con qué pequeñas «islas» más o menos indemnes) y significaría la movilización integral de sus recursos. No hablo de los infinitos sufrimientos humanos provocados por ese conflicto y que él mismo representa. Me refiero a las condiciones económicas y sociales resultantes del desvío en tan amplia escala de las fuentes de producción para fines de guerra y de las destrucciones que se llevarían a cabo. Como Europa, si tuviese que ser teatro o víctima de esa guerra, no podría alimentar a la población superviviente, habría que prever una catástrofe demográfica sin paralelo en la historia. En tales circunstancias, todo lo que el hombre occidental a fuerza de trabajo e ingenio pueda haber creado para confort, alegría, elevación espiritual de la vida, la cultura, el arte, e incluso la sociabilidad, sería imposible que coexistiere con la miseria general y la subversión de las instituciones políticas y sociales. Creo

que el Occidente europeo se sumergiría entonces en decadencia, en su larga, trágica y, desgraciadamente, definitiva noche.

No importa echar cuentas de las probabilidades de vencer, pues juzgo las consecuencias de esa catástrofe casi independientes del signo de victoria. Diré tan sólo que la guerra me parece ser para Rusia menos trágica que para Occidente, cuya densidad de población, desenvolvimiento de centros urbanos, nivel de cultura y de vida, lo hace más sensible o vulnerable.

De lo expuesto saco dos consecuencias: primera, el Occidente no se lanzará por deliberado intento a una guerra contra Rusia: segundo, el Occidente tiene que emplear los máximos esfuerzos para evitar que Rusia se lance en guerra contra él.

Desgraciadamente la imaginación de los hombres es bastante limitada en este punto y la experiencia de milenios de historia humana sólo ha enseñado un camino, además factible, que es la preparación de la resistencia. En verdad, una fuerza que se extiende, no frena ni se limita sino a la vista de otra que se opone. (Empleo la expresión *fuerza* en el más neto sentido que pueda dársele, desde los medios bélicos hasta la organización económica e incluso hasta a la influencia de una ideología o una fé).

¿La Europa del Occidente, corregidas en la medida de lo posible las peores consecuencias de yerros anteriores en lo que se refiere a Alemania y a Italia,

y apoyada en la ayuda efectiva de América, dispondrá de elementos materiales y morales suficientes para la resistencia? Ya respondí en otro momento afirmativamente a esta pregunta y no volveré sobre ella. El aspecto que ahora me interesa es saber en qué bases y bajo qué orientación se puede organizar la resistencia o, en otras palabras, saber si la reconstrucción económica y la adopción de una línea general en cuanto al problema en litigio exigen por ejemplo la constitución previa de un super-Estado o de una soberanía de tipo federal.

La organización del mundo interesado en mantener las bases de la civilización occidental, no puede hacerse integralmente, como es comprensible en el plano supranacional, pero sí en el entendimiento y concierto de soberanías nacionales. Y la parte europea de ese conjunto, menos posibilidades que las restantes tendrá aún que ignorar las realidades existentes, embarazándose en creaciones políticas que, pudiendo creerse en el campo teórico más conexas, enseguida revelarían la fragilidad o artificio de su construcción. La idea de una Europa federal me parece fuera de las posibilidades de realización por muchas razones: pero, por ahora, lo que interesa resaltar es que se comenzaría por quitar a los Estados europeos una de las principales razones por la que a través de los tiempos tanto se ha sacrificado en guerras: la garantía de que los distintos pueblos dispongan de sí mismos.

Creo es un error pensar que la fase de febril

internacionalismo que vivimos es esencialmente contraria a la existencia de naciones soberanas. La lección que nos dan las dos últimas guerras no radica en el sentido de desaparecer los nacionalismos, sino de su exacerbación, con el detalle de que pretenden ahora disponer de una garantía internacional. Es cierto que, como toda vida de relación, la vida internacional admite limitaciones, evidentemente en el mismo plano en que esa vida se organiza. Fuera de eso sólo me parece que se ha logrado confusión y descrédito, con tendencia a limitar a través de organismos internacionales la independencia o libertad interna de los Estados en lo que no interesa a la vida internacional.

Así, pues, si la resistencia de Occidente tiene que aprovechar prudentemente la base nacional a la luz de un realismo constructivo, o sea, la existencia de naciones independientes, es necesario ser coherente con este principio y evitar errores perjudiciales a ese mismo fin que se pretende. En cuanto a nosotros somos tan sólo lógicos afirmando que no sirven a la defensa de Occidente las intervenciones, directas o indirectas, en los negocios internos de cada Estado.

Somos tan sólo lógicos defendiendo la rehabilitación de Italia y votando por la admisión de Alemania en la obra de reconstrucción europea, al mismo tiempo que proponemos se estudie la forma de conseguir la cooperación de España en aquella obra, tanto más cuando que España representa un gran valor económico y la pe-

nínsula es en la defensa de occidente un todo que no puede ser desconocido por nadie. Somos únicamente lógicos entendiendo que sólo se perjudica el concierto de los pueblos europeos con la pretensión de establecerlo en bases pedidas de prestado a programas partidarios, en un sueño ingenuo de estandarización política cuyos daños no disminuirían la bondad de las intenciones.

Trabajando en tales direcciones, creo que al final se perjudicará gravemente la unión de Occidente en la única base y para el fin que verdaderamente importan: el reconocimiento de la identidad de origen y la intransigente defensa de ciertos principios básicos de civilización. Ahora bien, en la comprensión que felizmente existe de esa necesidad común es posible encontrar suficiente punto de apoyo para el preciso entendimiento.

¿Este movimiento será pues, suficiente para, evitando la guerra, encaminar a Rusia a una mejor política, desde el punto de vista de sus propios intereses y de sus intereses mundiales? Debo decir que no lo creo.

El mundo está ampliamente minado por fuerzas subversivas. No importa valorar su mayor o menor grado de semejanza con la doctrina comunista. Tampoco Rusia mide en todos los casos por esa semejanza, la protección que les presta. No obstante sabemos que utiliza todos los fermentos de indisciplina y rebelión contra las sociedades organizadas sobre bases diversas de las suyas, y fuera de sus fronteras hace todo lo posible para dividir o debilitar las naciones. El apoyo material, la

preparación de jefes de sediciones, el envenenamiento doctrinal a través de los mil medios de la propaganda moderna, tienden a crear en cada país, al mismo tiempo que un factor de disgregación nacional, puntos de apoyo a la política exterior de los bolcheviques. Es decir: ese supuesto frente que el Occidente intenta organizar es contraatacado, minado, puesto en peligro en la retaguardia por material enemigo.

Para comprender la cuestión, poco sirve discutir hasta dónde el comunismo puede legítimamente presentarse como producto de injusticias sociales remediabiles. Nos interesa lo que es hoy por encima de todo: un *problema político*. La comparación de los estallidos comunistas en los períodos que siguen a las dos guerras, demuestra que el comunismo fuera de Rusia fué, en la primera, un hecho esporádico, ahogado por las reacciones de vitalidad nacional que, a pesar de todos los pesares, se rebelaron. Pero, después de la última conflagración, ha gozado, no digo ya de tolerancia, sino de derecho de ciudadanía. De este modo, en muchos países hasta hace poco, mediante un pequeño dispendio, una potencia extranjera podía disponer de una fuerza disciplinada y de un arma cuya aplicación dirigía. No obstante, todas estas situaciones, por más anómales y contrarias a la razón y a la honra nacional que fuesen, las ha defendido y justificado ampliamente la perversión de la inteligencia contemporánea. Pocos momentos hubo a través de los siglos de mayor perturbación mental de los que vive

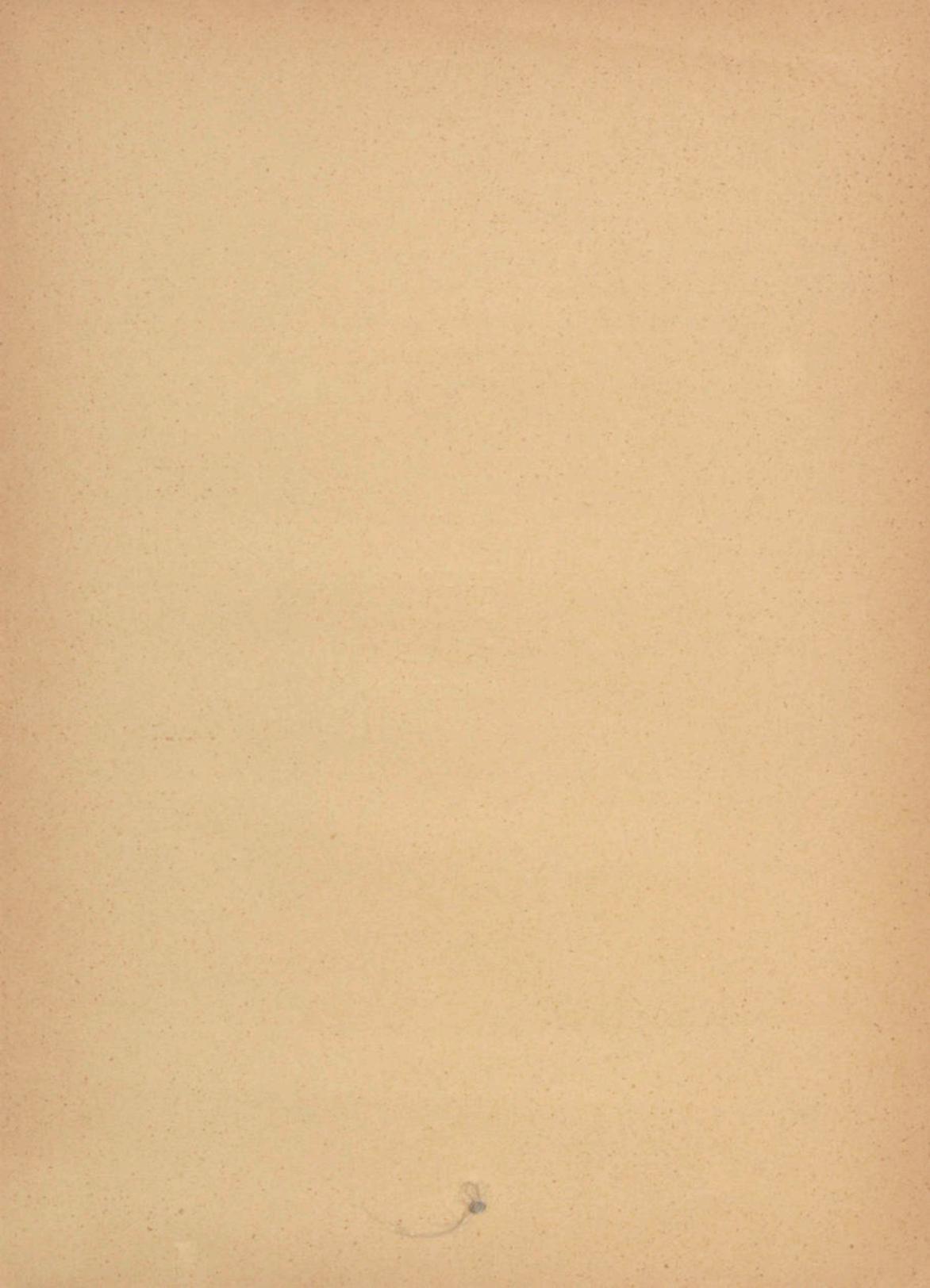
nuestro tiempo. No ya en cuestiones secundarias, sino en todo lo que es esencial a la comprensión de la vida humana, dejó de haber entre los pueblos, entendimiento común. Por un gusto enfermizo hacia lo inédito, la novedad, la oposición y no por el sentido y amor a la verdad, muchas inteligencias se emplean en iluminar con las ostentaciones de la ciencia los puntos de partida y las conclusiones del comunismo. Para toda desviación de la razón, para todo error, para todo vicio o crimen, la inteligencia formula hoy no una disculpa, sino una filosofía. No me sorprende: no es la primera vez en la historia del mundo que la «inteligencia» traiciona al «espíritu». Por los mismos motivos la política puede traicionar el interés de la nación.

Ahora bien, solo reduciendo a la impotencia estas fuerzas u organizaciones, se esclarecerán las posiciones de todos lo suficiente para que a Rusia tome la decisión. Hasta ese momento, el realismo y la ductibilidad de que ha dado pruebas en la conducción de la política mundial, le aconsejarán a que no lo haga.



A un auditorio que no fuese este, yo terminaría pidiendo perdón por la crudeza con que justifiqué mis votos. Delante de hombres formados en la consciencia del deber, consagrados en cuerpo y alma a las misiones más nobles y a los más elevados sacrificios, incluso me

parece que sería no confiar por entero en el valor de su ánimo emplear un lenguaje distinto. No se puede saber lo que de nosotros exigirá el futuro, ni merece la pena consumirmos en desentrañar todas sus incógnitas. Porque una cosa tan sólo importa verdaderamente: saber que en cada momento nos encontraremos todos al servicio de la nación y de los principios que cimentaron su historia en ocho siglos.



904

EDICIONES

**S N I**

LISBOA

NB



\*EFG0000514758\*

S.N.I.

9